

Los que están dotados de una buena índole, no deben descuidarla.

GENIO Ó ÍNDOLE.—Los pecadores que tienen una mala índole, deben desconfiar de todo cuanto puede inducirles al mal.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben pedir gracia sin cesar.

Los pecadores que tienen una mala índole, deben combatir sin tregua contra sí mismos.

GLORIA.

Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum.

Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino, que os está preparado.

(MATT. XXV, 34.)

Ensanchad hoy el corazon, amadísimos oyentes, y dad entrada en él á una santa alegría, pues no he de hablaros más que de felicidad, contento, bienaventuranza y gloria. Bien es verdad que, acaso, me es mucho más difícil de lo que pensáis, hablar de tal asunto; y ¿quién podrá tratarlo dignamente? El apóstol S. Pablo, que fué elevado por Dios al tercer cielo, y vió y oyó cosas que no es lícito á ningun hombre explicar, afirmó, que los bienes que nuestro benignísimo Criador tiene preparados en su paraíso, para quien le sirva fielmente aquí en la tierra, son tales, que ningunos ojos los vieron, ningunos oidos los oyeron, ni ningun entendimiento humano pudo concebirlos jamás (I Cor II, 9). Y, en efecto, los santos, que saben algo más que nosotros acerca del paraíso, poniéndose á hablar de él, apenas comenzaban á decir, paraíso, paraíso, cuando acababan inmediatamente, principian- do un dulce llanto, y quedando arrebatados con un bienaventurado éxtasis de alegría. No obstante, yo, con la gracia del Señor, quiero hacer una prueba de mí mismo, y para consuelo de vuestras almas, procuraré hacer, á lo ménos, un bosquejo de la entrada de una alma en el paraíso, y de la posesion que toma de este bello reino, cuyas

dos cosas hallo justamente bien expresadas en las palabras de mi tema, con las cuales convidará Dios para el cielo á los escogidos: *Venid, benditos de mi Padre*: hé aquí la entrada de un alma en el paraíso; *venid á tomar posesion del reino que os está preparado*; hé aquí la posesion que toma un alma de la gloria. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Desde dos diversos términos puede el alma dichosa de un predestinado, encaminar su vuelo hácia el paraíso; desde el aposento ó lugar mismo en que se apartó del cuerpo, y se libertó de esta cárcel mortal, aunque rara vez acontece; y desde la otra cárcel, más dolorosa, á donde la ha desterrado Dios para que satisfaga sus deudas á la divina justicia; quieró decir: desde el purgatorio, como sucede comunmente. Pero de cualquiera parte que se encamine, segun sea del agrado del Señor, siempre es cierto, que de un país de tinieblas, de melancolía, de afliccion, de penas y fatigas, se traslada á un país de luz, de gozo, de alegría y de descanso. ¡Qué inefable consuelo para un alma, que en el duro lecho, por ejemplo, que fué el lecho de su muerte, y puede llamarse la liza de su última y más terrible batalla, tuvo que luchar con los demonios y con sus agonías, verse de improviso victoriosa y alegre fuera del peligro, rodeada de gloria y dichosa con una sobrenatural y celestial bienaventuranza!

Pero vosotros direis, amados míos, que tan venturosa suerte está reservada para poquíssimos, que mira Dios con singular predileccion, y que vosotros, miserables, habeis de estar, despues de la muerte, penando largo tiempo en las llamas del purgatorio, cuando no sea mayor vuestra desgracia. Decis bien; mas yo replico, en primer lugar, ¿por qué no hacemos, á lo ménos, lo que esté de nuestra parte, para abreviar, cuanto sea posible, esta dolorosa residencia del purgatorio? ¿por qué no procuramos acortar el tiempo de ella con muchas buenas obras, con oraciones, con limosnas, con ayunos, con mortificaciones é indulgencias? En segundo lugar, replico, que cualquiera que sea el tiempo en que esto haya de suceder, ha de llegar ciertamente la hora, en que, satisfecha la divina justicia, se os caerán las pesadas cadenas de hierro, y saldreis de vuestra dolorosa prision, logrando una plenisima libertad. ¡Qué mudanza! Poco há, con prisiones, y, ahora, en posesion de un reino; poco há, abrasados, y, ahora, refrigerados; poco há, en las tinieblas y en el horror, y, ahora, en la claridad de una bellissima luz; poco há, léjos de Dios, anegados en llanto y llenos de dolor, y, ahora, cerca de Dios, sumergidos en Dios y gozando de la verdadera felicidad! ¿Qué contento no es el de un

preso, el día que sale de su cárcel y recupera su antigua libertad, por la que había suspirado tanto tiempo? Y ¿qué sería, si saliese de la prision para sentarse en un trono, ó para ocupar una de las más brillantes y honoríficas dignidades? Traed á la memoria á José, á aquel José, digo, de quien se refiere en el capítulo 41 del *Génesis*, que habiendo estado encerrado muchos años en lo profundo de una torre, fué sacado, al fin, de ella, para explicar cierto sueño, que inquietaba sobremanera al rey Faraon; y el sacarlo de allí, y el condecorarlo con la real púrpura y la cadena de oro, haciéndole superior á todos con el gobierno y vireinato de Egipto, fué una misma cosa. ¡Qué alborozo, segun yo me figuro, no le sorprenderia con el imprevisto tránsito de la prision á la corte, y de preso á monarca! Sin embargo, esta es una imágen muerta del tránsito que hace una alma, desde lo profundo del purgatorio, á lo más elevado de todos los cielos.

Yo quisiera, mis amados oyentes, explicaros ahora el grandísimo asombro y el felicísimo éxtasis que os sorprenderán, cuando se os abran las puertas del cielo, y os dé improvisamente en los ojos la inmensa luz que brilla en aquella dichosa habitacion. De la reina Sabá cuenta la Escritura, que, habiendo llegado de lejanos países á la presencia del rey Salomon, de quien habia oido grandes elogios, al ver la magnificencia de este monarca, las soberbias columnatas de su palacio, los jardines, las galerías, la magestuosa silla en que estaba sentado, el bellissimo órden de los criados que le asistian, y el oro y la plata que brillaban por todas partes; se turbó de repente, y parecia que habia enmudecido y que estaba fuera de sí: *Non habebat ultra spiritum* (III Reg. x, 5). Mas considerad, si con las cosas terrenas pueden figurarse las cosas celestiales, y si la gloria de cualquiera monarca, por grande y poderoso que sea, puede asemejarse, ni aún remotamente, á la gloria del gran Rey de los siglos, Dios. No puede haber en aquella region de paz y tranquilidad desmayos ni deliquios; pero si pudiese haberlos, creo ciertamente que, en parte, por el asombro, y en parte, por el júbilo, caeriais aturdidos en aquellas bienaventuradas puertas.

Hé aquí, en efecto, que ya se adelanta aquella bendita alma, que ya pisa los preciosos umbrales, que ya entra, que la pierdo de vista.

El ángel custodió le sale al encuentro, la toma de la mano y la dice: Ya se han acabado para tí los trabajos, han cesado los peligros y han tenido fin las contiendas. Ya has llorado y suspirado bastante, y, así, ensancha tu corazón y dá entrada á un gozo, que no finalizará jamás. É introduciéndola entónces en el paraíso, volarán inmediatamente de todas partes para acompañarla numerosos escuadrones de

aquellos bellisimos ciudadanos. Y ¿qué júbilo no será el suyo al reconocer, entre ellos, tantos de sus compañeros, amigos y parientes, que la han precedido, y al conocer de vista á sus santos abogados, que ha honrado y reverenciado aquí en la tierra? Hé aquí, este es Antonio de Padua, este es Francisco Javier, este Francisco de Paula y este el amabilísimo Luis Gonzaga. ¿Nos reconoces, dirán ellos, nos reconoces? Nosotros somos aquellos por quienes ejercitaste tantas obras virtuosas y tantas devociones. Bien nos acordamos de esto, y así como entonces lo agradecemos, así ahora te damos las gracias. Nosotros estaremos siempre juntos, y, de aquí en adelante, seremos en esta bienaventurada habitacion inseparables amigos y compañeros.

Con tan notable acompañamiento será presentada al trono de la bienaventurada virgen María, abogada de pecadores y madre nuestra. ¡Oh, á cuánta distancia se extiende el esplendor de su belleza! ¡cuánta es su gloria! ¡cuán bella es! ¡Oh vosotros, que andais miserablemente perdidos en esta tierra por una belleza caduca, á la cual habeis sacrificado ignominiosamente todos vuestros afectos! alzad un poco los ojos, mirad: esta es belleza, esta es hermosura. Y ¿no temeis exponeros al riesgo de perder eternamente tan bello objeto, por una criatura defectuosa y vil?

Desde el trono de la Madre, pasaré al del Hijo, en donde veré, como es en sí misma, viva y gloriosa la sacratísima Humanidad de Jesucristo. ¡Cuántas serán sus reverencias, cuántas sus humildes demostraciones en presencia suya! ¡cuáles las acciones de gracias, cuando conozca lo que he merecido por medio de ella y de su pasión!

2. Finalmente, será conducida al solio mismo de la Divinidad, y podrá fijar la vista en quien es centro de todos los bienes, abismo de una inaccesible luz, fuente de toda bienaventuranza, de la cual, como de un inmenso piélago, parten rios de placer, para inundar y alegrar toda la ciudad de Dios. Y aquí será verdaderamente donde resonarán en sus oidos aquellas gratas palabras, con que se la pondrá en posesion del paraíso: ¡oh fiel y buen siervo! poco fué, á la verdad, lo que hiciste por obtener tan gran premio, pues que fué poco lo que te mandé, y fué poco mortificar tus pasiones, refrenar tus apetitos, frecuentar mis sacramentos, ser constante en tus ejercicios de verdadera devocion, y vivir con pureza y castidad; pero, no obstante, alégrate, que, en recompensa, te doy ahora la posesion de todo mi paraíso y de todo este bello reino. Es muy grande y muy bello; pero, no obstante, es tuyo; esta amenidad y fragancia, estas riquezas y estas delicias son infinitas; pero no obstante tuyas son. Ven á participar y á embriagarte en el gozo mismo de tu Señor. ¡Qué consuelo será, amados míos,

poder proferir esta dulce palabra de paraíso, diciendo, paraíso! paraíso mio! ¿Qué punzadas no dá ahora en este profundo valle de lágrimas al corazón, de quien aprecia su alma, este pensamiento: ¡puedo condenarme! Pero, entónces no habrá ningún peligro de esto, y estaremos seguros de no ofender más á Dios y de no perderle nunca. Y ¿no deberá bastar para excitar también en nosotros un vehemente deseo de ir al paraíso, y para hacer cuanto podamos por lograrlo, el poder decir: si fuere al paraíso, no tendré más tentaciones, no ofenderé más á Dios ni podré ofenderle, originándose de esto, que no podré perderle jamás? El cántico, pues, y la suavísima música, que se oirán resonar siempre en aquella bienaventurada corte, será: así estaremos para siempre con el Señor, así estaremos con el Señor eternamente: *Sic semper cum Domino erimus* (I THESS. IV, 16). Al presente, somos felices con Dios, y lo seremos siempre; vemos á Dios, y le veremos eternamente; le amamos, y le amaremos siempre; gozamos de él, y gozaremos siempre de él, siendo eternamente bienaventurados con él; no se interrumpirá, ni por un solo momento, nuestra bienaventuranza, y siempre durará invariablemente.

Vosotras, pues, almas santas, vereis á Dios, y siempre le vereis; amareis á Dios, y siempre le amareis. Este es el último pensamiento, amados oyentes, que quisiera, de algun modo, exponeros; pero me faltan palabras y no sé que deciros. Ven á Dios y aman á Dios los bienaventurados. Hé aquí lo esencial, el colmo y el todo de su paraíso y felicidad. Nosotros no lo comprendemos en este mundo, porque es demasiado tibio nuestro amor á Dios, y porque no podemos verle con estos ojos, ni puede tampoco pintarse su imagen, como se hace con la de los santos. Lo comprenderemos en el cielo, donde hemos de verle, no como por espejo en oscuridad, ni con el velo de la fé: *Nunc per speculum in ænigmate*, sino con su rostro descubierto: *Facie ad faciem* (I COR. XIII, 12). Viéndole, le amaremos con tan dulce, tan intenso é indispensable amor, que nos trasformaremos en él por amor, y llegaremos por amor á ser una cosa muy semejante á él: *Similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est* (I JOAN. III, 2). Diré más, diré que el bienaventurado se hace otro Dios. Y si esto os parece demasiado, decid, á lo ménos, que es bienaventurado con aquella misma bienaventuranza con que Dios es bienaventurado.

Exclame, pues, vuelto á Dios, el real profeta, exclame; que razon tiene: Me saciaré, cuando apareciere tu gloria: *Satiabor, cuæ apparuerit gloria tua* (PSALM. XVI, 15). Y ¿cómo no podrá saciarse un alma, que tendrá todas sus potencias sumergidas en una superabundante y particularísima bienaventuranza? ¡Qué bienaventuranza para la me-

moria, recordar continuamente, entre otras bellas y agradables cosas, los beneficios recibidos de Dios, y observar los medios de que se valió su misericordia para salvarla! ¡Qué bienaventuranza para el entendimiento, contemplar siempre á Dios, y descubrir en él innumerables perfecciones é infinitos tesoros de sabiduría, de bondad, de liberalidad, de omnipotencia, de santidad y clemencia, é igualmente descubrir y comprender los más recónditos secretos de la naturaleza, y el órden y la disposicion de todas las cosas, con sus causas y efectos, por impenetrables que sean para nosotros al presente! ¡Qué bienaventuranza para la voluntad, ocuparse siempre en amar á un objeto infinitamente amable, y que, comunicándose todo á ella, satisface plenísimamente por sí solo todos sus deseos, por grandes é ilimitados que sean! Nuestro cuerpo mismo ¿qué más podrá desear, que el que se le haya hecho conforme al cuerpo glorioso de Jesucristo: *Configuratum corpori claritatis suæ* (PHILIP. III, 21), y el verse adornado de aquellos dotes propios de los espíritus puros, claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza, y aún estaba por decir, el parecer un ángel? Me saciaré, pues, cuando apareciere tu gloria. Pero ¿cuándo será, que pueda yo experimentar tan deseable saciedad? ¿cuándo se romperán las prisiones de este miserable cuerpo, para que yo me traslade á la presencia de mi Señor? ¿cuándo se abrirán las bienaventuradas puertas del cielo, para que yo entre á gozarle?

Decidme, amadísimos oyentes, ¿qué os parece lo que hasta ahora os he dicho? Os he hablado del paraíso; pero os aseguro que, entre lo que he dicho y puede decir cualquier hombre, y lo que es, en efecto, el paraíso, no hay semejanza ni comparacion, siendo, á la verdad, cosa muy diversa de lo que podemos concebir y explicar. Sin embargo, aún cuando no fuera el paraíso nada mejor de lo que os he manifestado, ¿no os parece que es digno, de que tomeis algun empeño por adquirirlo? Escuchadme. En los tiempos de S. Agustin, una dama de las más principales de Roma, llamada Melania, se puso, por fortuna suya, á pensar seriamente un dia sobre el paraíso, y estimulada de este pensamiento, no solo abandonó sus galas y delicadezas, sino que se dedicó á mortificar cuanto podia su cuerpo, de suerte, que, descolorida y extenuada en breve, no parecia la que era. Un tio suyo, llamado Volusiano, hombre de poca conciencia y poco temor de Dios, estaba ausente al tiempo de esta admirable conversion; y habiendo visto, mucho despues, á su sobrina, sin ninguna vanidad ni ningun color en el rostro, dijo sorprendido: ¿qué se ha hecho de la bella Melania? Pero inmediatamente la dama le dió esta excelente respuesta: «la ha deshecho el amor del paraíso, el amor del paraíso la ha des-

hecho.» Profirió estas palabras con tal energía y ternura, que convirtieron á su tío, aunque estaba tan duro y obstinado, que se había resistido á infinitas amonestaciones que le había hecho el mismo san Agustín. ¡Cuán feliz me consideraría yo, si pudiera también lisonjearme de haber causado en vosotros semejante efecto, con haberos hoy hablado del paraíso! ¿Qué se ha hecho, quisiera preguntar, de aquel pecador disoluto, libre y caprichoso? ¿qué se ha hecho de él? El amor del paraíso le ha deshecho. Hélo aquí modesto, humilde y devoto, frecuentando los sacramentos. Y ¿qué se ha hecho de aquel otro desobediente, pertinaz y siempre amante de juegos, de pasatiempos y recreaciones? El amor del paraíso le ha deshecho. Hélo aquí obediente, dócil y manso, y mírale en las iglesias y al pié de los altares continuamente.

¡Oh santo paraíso! ¡quiera Dios, que el haber hablado hoy de ti á estos católicos, sea causa de que alguno de ellos, por lo ménos, te desee con ansia, y haga todos sus esfuerzos por ganarte y conquistarte!

Véase: BIENAVENTURANZA, y CIELO.

GLORIA HUMANA.

(SU INCONSTANCIA Y SUS PELIGROS.)

I.

Non gloriatur sapiens in sapientia sua, et fortis in fortitudine sua, et dives in divitiis suis.
No se glorie el sábio en su saber, ni el valeroso en su valentía, ni el rico en sus riquezas.

(JER. IX, 23.)

La fortuna y la miseria, la gloria y la ignominia, la riqueza y la pobreza, la honra y la afrenta, están en este valle de lágrimas tan íntimamente relacionadas entre sí, que nadie deja de conocerlo, nadie deja de confesar la inconstancia de las glorias y felicidades con que el mundo brinda á los que le siguen. Tan general es esta verdad, que,

hasta los gentiles, no pudieron ménos de conocerla y confesarla; y por esto, en los ídolos de la fortuna, á quien adoraban, simbolizaron su volubilidad en la rueda que los representaba. Sin embargo, son muy pocos los que creen, que esta inconstancia podrán experimentarla en sí mismos ó en sus cosas. El Espíritu Santo nos dice, que el hombre jamás persevera en un mismo estado; que la vida y la prosperidad son como las flores del campo, que amanecen odoríferas, tiernas y lozanas, y á la noche están ya marchitas; como el humo, que se desvanece con un soplo de viento; como la sombra, que se mueve según la dirección de los rayos del sol. Además, la experiencia nos lo demuestra con ejemplos de todo género; y, con todo, casi nadie llega á persuadirse, de que podrá experimentar en sí la inconstancia de la fortuna. El rico nunca piensa que ha de ser pobre: ni el poderoso cree que pueda verse abatido; ni al que está en plena salud le parece que haya de caer enfermo. ¡Qué ilusión! Nos despojamos del temor de la desgracia, que puede sobrevenirnos, y nos dejamos engañar por la inconstancia del mundo. Así, pues, para que vosotros no pongáis vuestro amor y confianza en la prosperidad, gloria y bienes de la tierra, voy á exponeros el cuadro de la inconstancia de la gloria mundana, y los peligros que trae consigo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El honor, la estimación y la gloria que el mundo, pareciéndose en esto á la prostituta de Babilonia, ofrece á los que le siguen, no tienen estabilidad. El vaso en que ofrece sus honras á los que las apetecen, es dorado en apariencia, pero, en realidad, está lleno de hiel. Y en verdad ¿cuántas fatigas cuesta al hombre la posesión de esta gloria? Por conseguirla, no se repara, de ordinario, en infringir la santa ley del Señor, y, por consiguiente, se tiene que gravar la conciencia con el mortal tedio del pecado, que, en ciertos momentos, envenena todas las satisfacciones de la vida. Y cuando el mundano haya alcanzado, á fuerza de bajezas, de disgustos y sinsabores, el honor tras el cual andaba; cuando vea que grandes y pequeños le llaman Rabbi, ¿gozará, por ventura, de la felicidad, que, en su delirio, creyó incomparable? Locura fuera pensarlo. En el mundo todo es inseguro é inquieto: á la luz suceden las tinieblas; en pos del tiempo sereno viene la borrasca; el luto y la alegría, el miedo y la esperanza, las risas y las lágrimas, los lamentos y el júbilo, el amor y el odio, van sucediéndose y alternando de continuo en nuestra vida. Pues bien, esta ley, que todas las cosas del mundo rige, esta ley, por la cual se suceden y alternan entre sí las cosas más opuestas, no exceptúa en manera al-

guna á los honores y dignidades; al contrario, todavía es más notable en los favores de la fortuna.

Tal fué lo que quiso significar el Señor cuando, para la elección de sumo sacerdote, mandó se pusiesen doce varas en el tabernáculo con los nombres de las doce tribus. «Habla con los hijos de Israel, dijo Dios á Moisés, y mándales, que te entreguen una vara por cada tribu, doce varas por los doce caudillos de las doce tribus, y escribirás el nombre de cada caudillo sobre su vara. El nombre de Aaron estará escrito en la vara de la tribu de Leví, y cada una de las otras tribus tendrá su vara peculiar. Pondrás estas varas en el tabernáculo de la alianza, delante del arca del testimonio, en donde te hablaré: la vara de aquel que yo eligiere entre ellos, florecerá. Esto previno, pues, Moisés á los hijos de Israel, y todos los caudillos dieron las varas, que fueron colocadas ante el Señor en el tabernáculo, y al día siguiente se encontró que habia florecido la vara de Aaron (Núm. xvii, 1 et seq.) Podía el Señor elegir á Aaron por sí ó por suertes; pero lo hizo de este modo, dice S. Ambrosio, para que no se envaneciese, considerando la facilidad con que podía perderse ó desvanecerse una dignidad que estaba representada en una flor; *Ut summam haberet humilitatem, sciens commissam sibi florem potestatis* (Epist. ad. CURTIA). No lo olviden los que ambicionan honores y dignidades. La honra mundana no es más que una flor; una flor que el sol, quizá, no saludará dos veces; una flor que, tal vez, solo se verá favorecida en el ocaso por el sol, á cuyos primeros resplandores se ha abierto.

¿Cuántos ejemplos nos ofrece de esto la historia? Adonibezec venció setenta reyes, á quienes hacia comer bajo su mesa, como si fuesen perros, despues de haberles cortado los dedos de las manos y de los piés; pero, poco despues, fué hecho prisionero en Bezec, metrópoli de su reino, y tuvo que sufrir el mismo cruel castigo que impuso á sus vencidos (JUDIC. I, 5 et seq.) Paseábase Nabucodonosor por el palacio de Babilonia, y, en su orgullo, decia: «No es esta la gran Babilonia, que yo he levantado para capital de mi reino con la fuerza de mi poderío, y el esplendor de mi gloria?» Pero apenas habia dicho esto, oyóse una voz del cielo, que exclamó: «Cuanto ántes perderás tu reino (DAN. v, 27 et 28).» Léjos estaba Aman de figurarse, que el patíbulo, que levantaba, no habia de servir para Mardoqueo, á quien tanto odiaba, sino para sí mismo! El mismo Jesucristo fué recibido en Jerusalem con ramos, palmas, aclamaciones y triunfos, y los mismos que le dispensaban este obsequio, le crucificaron muy pocos dias despues. Sus aclamaciones se convirtieron en vituperios; las bendiciones en maldiciones; y en vez de quitarse las vestiduras para alfombrar los sitios

por donde habia de pasar, el pueblo despojó á Jesucristo de sus vestidos para burlarse de su sacratísima persona; ya no le recibieron para conferirle su reino, sino que le sacaron de la ciudad para crucificarle.

El mundo levanta al hombre como el águila á la tortuga; no para ensalzarla, sino para que, dejándola caer súbitamente, se rompa su concha y se estrelle contra las piedras. Andrónico, despues de regir algunos años el imperio, fué preso por sus vasallos, escarnecido, burlado, colmado de injurias, y colgado de los piés entre dos columnas. Augusto Vitelio, despues de haber sido aclamado en Roma, fué sacado á la pública vergüenza, atadas las manos á la espalda, y condenado á muerte en medio de una plaza. Belisario, venciendo á los godos y á los vándalos, se hizo señor del Africa y de Sicilia; pero su elevacion y su gloria no le privaron de volverse ciego, y pedir como un mendigo una limosna á la puerta del templo de santa Sofia. ¡Oh mundo traidor! exclamó S. Agustin, tú nos prometes todos los bienes, y nos das todos los males; prometes una flor, que pronto se marchita: *Cuncta bona promittis, et cuncta mala profers; promittis florem, sed cito evanescit* (SERM. XXXI).

2. Pero aún cuando no fueran tan inconstantes las honras mundanas, nadie debiera ambicionarlas; porque son tantos los peligros que las acompañan, que el poseerlas, más equivale á un tormento que á una satisfacción. Saul, en un estado humilde, era bueno, y elevado á la dignidad real, fué infelicitísimo. David, que siendo pobre y perseguido practicaba todas las virtudes y era amigo de Dios, cuando llegó á poderoso y grande, fué adúltero y homicida. Lo propio sucedió á Salomon. Cuando Nabucodonosor se apoderó de Jerusalem, se llevó presos á los poderosos y magnates; pero á los pequeños los dejó tranquilos en la ciudad. El rayo toca primero á la cima de los montes y á las altas torres; cuanto es más elevada nuestra posicion, mayor peligro corremos. Los peces grandes quedan presos en las redes de los pescadores, al paso que los pequeños se deslizan y escapan entre las mallas.

Cuando el Salvador se trasfiguró en el Tabor, S. Pedro creia que allí seria feliz, y por eso pidió á Cristo que permaneciesen en aquel monte; pero S. Marcos nos dice, que el príncipe de los apóstoles no sabia entónces lo que decia, pues no reflexionaba, que las más amargas desdichas van siempre al lado de las glorias y felicidades humanas. Leed la historia, hermanos míos, y hallareis, que cuantos han obtenido ilustres honras las han alcanzado con grandes amarguras, las han disfrutado con muchos tormentos, y las han perdido con honda